

bre ha estado en tu casa, no volveré á venir á verte.

¿Fué aquello una argucia de comedianta ó un grito de arrepentimiento? La señorita Lucía rompió en sollozos y mostró á su amante el demasiado famoso ramillete que acababa de dejar sobre la cama.

No estaba allí, ciertamente, por casualidad. Pero sin duda Gontrán Staller se figuró que la joven había querido tenerle cerca mientras dormía, porque volvió á ella y le dijo, ya en dulce tono:

—¿Luego me amas aún?

—¡Que si te amo!

La comedianta, toda despeinada, se levantó como una loca y corrió á cerrar con un cerrojo su aposento.

*Honni soit qui mal y pense*, porque la señorita Lucía acababa de recordar que el extranjero debía pasar á despedirse de ella antes del duelo.

Aunque muy feliz fuera viéndose encerrado con Lucía, Gontrán tuvo un vago deseo de marcharse. Era que su alma volvía á abrir las alas. Veía dibujarse, ante la mesa de la condesa de Lannoy, los adorados rostros de su hermana y de su madre. La misma señorita de Marcy marcaba en su cerebro su bella y sonriente expresión de juventud y de virtud.

En toda acción de la vida, así el cuerpo como el alma tienen sus combates. Somos como aquel viajero de los cuentos alemanes, que tiene, para arrastrar su coche, el caballo negro de un demonio y el caballo blanco de un ángel; nunca puede hacerles andar al mismo paso: cuando el uno acorta éste, el otro quiere correr, hasta que el caballo del diablo arrastra al viajero á un precipicio: la boca del infierno ó el corazón de una mujer.

La señorita Lucía era un lindo precipicio, con sus grandes ojos profundos como el mar, sus rebeldes cabellos y su sonrisa lasciva. Tenía dentro el demonio;

según la expresión consagrada hoy, los lexicógrafos dirían: «Tiene algo del perro». Era alternativamente risueña, seriecilla, colérica, pero coqueta siempre; quería que todos la amasen; así es que era coqueta hasta la crueldad. Su voluptuosidad suprema era ver llorar. Hería los corazones con un dulce estremecimiento, como celoso que da una puñalada. Al herir, le parecía que hería siempre á un enemigo.

Es que Lucía había comenzado por la humillación y el amor vendido.

De tarde en tarde veía á Eugenio Deschamps. Le daba la mano con aire natural; pero palidecía y sus piernas temblaban al recordar el tiempo pasado.

## VIII

### *La lluvia de oro.*

Al amanecer, Gontrán se despidió de Lucía.

—No te dejes matar; me moriría yo de pena.

—¡Júrame que si muero no volverás á ver á ese extranjero á quien he abofeteado!

—Si tú mueres, me haré enterrar contigo.

Gontrán, enternecido por estas palabras, ó por el peligro que corría, tuvo una expansión de sentimiento.

—Mira,—le dijo;—moriré satisfecho, porque te he encontrado de nuevo tal como te amaba. Piensa un poco en mi pena de ayer. Después de aquel juego absurdo, venía á decirte cuán bueno es mi padre, venía á fundir mi corazón en el tuyo, y no te encontré.

—Es que tenía pena. ¿Qué quieres? Cuando me dan

ganas de llorar, canto ó bailo. Ese Locinski valsa como polaco que es; cosa maravillosa. Y cuando se ha valsado toda la noche, no se tienen ganas de ir á la cama; he ahí por qué fuimos al Bosque.

—No se hable más de eso.

—Y tu locura es lo que no me hubiese dejado dormir. ¡Cuando pienso que en media hora perdiste lo suficiente para hacerme rica!

—¡Ya se recobrará eso!

—Sí, se recobrará. Te respondo de que el señor Marx no gastará en procurarse paraíso tus doscientos cincuenta mil francos. Le he escrito ya; vendrá á comer conmigo.

Contrán dejó sobre el lecho la mano de Lucía.

—¡Cómo! ¿Has escrito á ese animal?

El joven había recuperado toda su indignación.

—¡Qué hermoso eres! Tomo lo mío donde lo encuentro. Por respetarte no me fui anoche con él; porque él consideraba muy natural haberte ganado. «¿Qué importa eso,—me decía,—puesto que le he devuelto el ramillete?»

—¡Oh abominables rosas ajadas y profanadas!—exclamó Contrán.

Y las arrojó contra el suelo y las pisoteó.

Visto lo cual, díjole Lucía, con el aire más natural del mundo:

—Muy bien, gracias; he ahí todo lo que me quedaba.

Contrán avergonzose de Lucía y de sí mismo. Sacó del bolsillo de su chaleco veinticinco luises, se los tiró á la comedianta y se marchó sin volver la cabeza.

¡Oh vileza del corazón! Cuando estuvo en la calle, se le ocurrió mirar hacia lo alto. No sé si la señorita Lucía contaría los luises; lo cierto es que no había abierto el balcón.

## IX

*La familia*

Cuando Contrán llegó al Parque de los Príncipes para batirse, habíase tornado hombre. Tomó la espada diciéndose:

—¡Muy bien, si muero, muy bien, si salgo vivo! ¡Pero juro ante Dios no volver á caer en aquel infierno!

Los dos rivales salieron heridos: Contrán levemente en el brazo; el conde polaco recibió una herida más grave: la espada de su adversario le entró en el costado.

Cuando Contrán volvió á su casa, el brazo en cabestrillo, encontró á su madre llorando.

—No es nada,—le dijo,—un arañazo.

—¡Cómo! ¿Otra desgracia?

Lloraba porque el señor Staller acababa de llegar enfermo, después de perder su pleito.

Un hecho era aquello: las negras aves cerníanse sobre la casa.

Contrán quiso consolar á su madre antes de abrazar al autor de sus días.

—Mamá, te juro que no seré yo quien te cause pena; perdóname todas mis locuras. Y tranquilízate, porque he acabado con esta vida á la moda.

El señor Staller había asistido estoicamente á todo aquel proceso que podía abrir una gran brecha en su fortuna. No pestañeó al oír la sentencia; pero, de regreso en la fonda, fué víctima de un derrame. Había